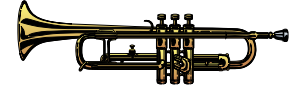


EL SACRIFICIO DEL CORNETA



General Hardress

El hecho que a continuación relato tuvo lugar durante mi servicio militar en la India, en tiempos difíciles en los que abundaron los crímenes.

En esa época tenía en mi regimiento un pequeño corneta. Ese niño me daba mucho en que pensar al verle tan frágil y delicado considerando la vida que iba a tener que llevar en el ejército. Pero había nacido en el regimiento y nos habíamos propuesto hacer algo bueno de él. Su padre había sido un valiente entre valientes y le mataron en el cumplimiento de su deber. Su madre, con el corazón traspasado de dolor al saber la muerte de su esposo, cayó enferma y seis meses después murió dejando huérfano a Memo Holt.

Dos años más tarde, cuando Memo tenía catorce años, el regimiento estaba acampado a unas millas de distancia del destacamento, cuando una mañana se me notificó de un acto grave de indisciplina. Al hacerse las investigaciones necesarias, supe que los indisciplinados habían sido los que estaban en la tienda donde Memo se hallaba. Dos de esos soldados eran unos bribones que no tenían quien les igualara. Se arrestó a todos los de la tienda y se les juzgó según la corte marcial cuando se tuvo la seguridad que uno de los arrestados era el culpable del crimen pero ninguno de ellos quiso admitir que era culpable. Entonces dije: “Tenemos la seguridad de que el acto de indisciplina de anoche fue cometido por alguien aquí presente que durmió en el número cuatro anoche. Si el culpable está dispuesto, como verdadero hombre, a recibir el merecido castigo, el resto irá libre. Pero de no ser así, no queda otra alternativa sino la de castigar a todos. El castigo consistirá en diez latigazos para cada uno”.

Durante dos minutos se oyó un silencio sepulcral. Luego, de entre los prisioneros salió Memo Holt. Su pequeña figura había permanecido oculta entre los otros. Se paró frente a mí. Su rostro estaba pálido pero mostraba una firme resolución. Sus ojos claros se fijaron intensamente en mí y dijo: “Coronel, acaba usted de decir que si alguno de los que durmieron anoche en la tienda número cuatro está dispuesto a recibir el castigo, el resto quedará libre. Bien, estoy listo a recibirlo. ¿Puede ser ahora mismo?”

Por un instante me quedé mudo de sorpresa. Luego, lleno de ira y disgusto, me dirigí a los presos y les dije: “¡Que! ¿No hay alguno de entre ustedes a quien se le pueda llamar hombre? ¿Son todos unos cobardes capaces de permitir que este chiquillo sufra por sus maldades? Ustedes, tanto como yo, saben que él es inocente”.

Todos permanecieron callados. Luego me volví al niño que, paciente y con mirada suplicante, no apartaba de mí sus ojos. Nunca como aquella vez enfrenté alternativa tan terrible. Sabía que mi palabra tenía que cumplirse y el niño lo sabía pues volvió a repetir: “Señor, estoy dispuesto”.

Con todo el dolor de mi corazón dí la orden de que se le castigara. Valientemente, con su espalda desnuda, soportó uno, dos y tres latigazos. Al cuarto, un débil gemido se escapó de sus pálidos labios, y al quinto un grito de horror lanzó uno de los presos que habían sido forzados a presenciar el acto. Inmediatamente, de un salto Jaime Sykes, la “oveja descarriada” del regimiento se puso al lado del pequeño Corneta y rogó que ya no siguieran castigando a ese inocente; que lo castigarán a él que era el culpable. En medio de gritos y sollozos, abrazó al niño, que desmayándose

y sin poder hablar miró al culpable frente a frente y sonriendo le dijo: “No, Jaime, ahora ya estás salvo. La palabra del Coronel se tiene que cumplir”. Su cabeza se inclinó y se desmayó.

Al día siguiente cuando iba a la tienda-hospital donde estaba el corneta, encontré al doctor a quien pregunté: “¿Cómo está el pequeño?”

“Se muere, Coronel”, dijo inmediatamente.

“¿Qué!” exclamé horrorizado.

“Sí, el choque de ayer ha sido muy fuerte para él. Desde hace algún tiempo yo sabía que su vida era cuestión de meses o de corto tiempo, pero este asunto ha precipitado los acontecimientos. Ahora está más para el cielo, que para la tierra”.

Escuché un murmullo de voces y nunca olvidaré lo que vi en aquel instante. El moribundo estaba reclinado en su almohada, y Jaime Sykes estaba arrodillado medio abrazándole. El cambio en el rostro del niño me dejó perplejo. Estaba blanco como la nieve. La blancura de la muerte se había extendido sobre él, pero sus grandes ojos estaban brillando con una luz extraña y hermosísima.

En ese momento el hombre que estaba arrodillado levantó su cabeza, y vi que grandes gotas de sudor humedecían su frente mientras le preguntaba al moribundo: “¿Por qué lo hiciste, Chiquillo? ¿Por qué?”

“Porque quise tomar tu lugar”, dijo con una voz muy débil. Pensé que si lo hacía, te ayudaría a comprender un poquito el porqué Cristo murió por ti”.

“Sí, CRISTO MURIÓ POR TI SOLAMENTE PORQUE TE AMÓ, COMO YO, pero Él te ama más; pues yo solamente sufrí por uno de tus pecados, más Cristo padeció por todos los pecados que has cometido. El castigo que Cristo recibió por tus pecados, Jaime, fue la muerte de la cruz”.

“No, pequeño” dijo Jaime. “Cristo no tiene nada que hacer con un malvado como yo. Soy uno de los peores y tú lo sabes muy bien.”

“Pero no olvides que Cristo vino a salvar precisamente a esos malvados. El dijo: ‘NO VINE A LLAMAR A LOS JUSTOS, SINO A LOS PECADORES.’ Luego Memo, con una voz suplicante le dijo: “¿Eres capaz de permitir que Cristo haya muerto de manera tan horrible por ti en vano? ¿Que su sangre preciosa se haya derramado inútilmente? Piensa que él está llamando a las puertas de tu corazón. ¿No le permitirás entrar? Acéptale, querido Jaime; entonces nos volveremos a ver”.

Al decir esas palabras, le faltó la voz, pero puso su mano sobre la cabeza inclinada de Jaime. Un sollozo sofocado se dejó oír y le siguieron unos minutos de silencio completo.

Yo estaba muy conmovido. Había oído esas cosas hacía mucho tiempo. Se amontonaron en mi mente recuerdos de la madre a quien había idolatrado. Todo el pasado volvió a mi memoria, y las palabras que escuchaba me parecían las de ella. ¿Cuánto tiempo permanecí recordando? No lo sé, pero salí de mi arrobamiento al escuchar un grito agudo de Jaime cuando vio que el niño se había desmayado otra vez. Unas gotas de cordial lo revivieron. Abrió sus ojos pero ya estaban opacos; casi no veían. Luego dijo: “Madre mía, cántame, ‘No hay tristeza en el cielo’. Estoy muy cansado”.

De súbito las palabras del himno que Memo deseaba oír volvieron a mi memoria. Y, con una voz muy suave se las canté:

“No hay tristeza en el cielo,
Ni llanto ni amargo dolor.
No hay corazón abatido,
Do reina el Dios de amor.
Las nubes en nuestro horizonte,

Jamás aparecen allá.
El Sol en su espléndida gloria
Derrama su luz celestial.

“Yo voy a la patria del alma,
Do Cristo prepara mi hogar;
Do todos los santificados
Irán para siempre a morar;
El día feliz ya se acerca,
En que el Sol para mí se pondrá,
¡Oh, qué gozo será cuando mire al Señor
En aquella hermosa ciudad!”

Al cantar las últimas palabras, sus ojos brillaron y me miraron llenos de gratitud y dijo: “Gracias, mi Coronel. Muy pronto estaré allá”. Su tono de confianza tan extraña me hizo preguntarle: “¿Dónde?”

Con una sonrisa contestó: “¿Cómo dónde, Coronel? Pues en el cielo. La lista se ha pasado y escuché mi nombre; las puertas están abiertas para mí. El precio se ha pagado”.

Luego, como en un sueño, dijo:

“Tal como soy, sin demorar,
Del mal queriéndome librar
Tú solo puedes perdonar,
Bendito Cristo, ¡Heme aquí!”

Jaime había aceptado a Cristo como su Salvador. Yo también le acepté. Y, tú querido lector, ¿no quieres hacerlo?